

*A mi vecino de escaño, senador democrático aragonés, que parece complacido por esta nueva contigüidad.*

Por los pasillos de las Cortes, a raíz de un desafortunado incidente periodístico, he oído decir que el diario EL PAIS ofrecía tribuna a los políticos catalanes para un intercambio prometedor de opiniones libres. Y en los mismos ambientes constato, por otra parte, graves deficiencias de interpretación, por lo que se refiere a la posición política de la minoría *Entesa dels Catalans*, que monopoliza prácticamente la representación del Principado en la «Alta Cámara». Las presentes líneas intentan aclarar al lector español libre de prejuicios qué es, en realidad, este grupo político.

*Entesa* puede traducirse al castellano, según el diccionario, como «acuerdo», «inteligencia» o «trato». La variedad de sentidos indica que nos hallamos ante una de estas palabras depositadas en el acervo íntimo de la lengua, deladoras casi siempre de sutiles rasgos de psicología colectiva. Toda la historia de Cataluña es una búsqueda, tantas veces fracasada, de esta «entesa», de este «pacto».

El núcleo originario de la minoría se compone de doce senadores, suma de los tres elegidos por mayorías en cada una de las cuatro demarcaciones electorales del Principado de Cataluña. Todos ellos, beneficiarios de unas votaciones positivas de rango plebiscitario. El autor de estas líneas, entre dieciséis candidatos, obtuvo el 49,6% de los votos. Los componentes de la candidatura de Barcelona rebasaron holgadamente aún el 50%.

A este núcleo, se han unido después de las elecciones, en Barcelona, Lérida y Gerona, los tres senadores elegidos por minorías, a saber, el independiente Xirriacs, más dos militantes de Convergencia Democrática, el partido que encabeza Jordi Pujol. Y más tarde, iniciadas las tareas parlamentarias, se han adherido a la minoría con sujeción al reglamento provisional de las Cortes, los senadores por designación real Maurici Serrahíma y Josep-María Socías, cuya significación, notoria para los concedo-

res de la política catalana, no creo que exija ahora examen más detenido.

El nacionalismo es base común de los hombres de la *Entesa* inicial. Y en cuanto a patriotismo, tanto de ellos como de los adheridos posteriormente, ostentan todos un historial antiguo y sin tacha. Se trata de una característica común a todo el grupo, compacta, rotunda y clara. Esta homogeneidad en una actitud cívica constituye la característica fundamental de la minoría parlamentaria *Entesa dels Catalans*, y, a la vez, creemos, un excepcional acontecimiento histórico: en la actualidad, los diecisiete senadores ostentan la representación válida y prácticamente unánime de Cataluña en el Senado (1).

Refiriéndonos ahora de modo estricto a los doce senadores del grupo originario, es decir, a los tres hombres que en cada una de las cuatro demarcaciones electorales encabezaron las votaciones, siempre a gran distancia de sus inmediatos seguidores (a menudo, como en el caso de Tarragona, doblándoles en número de votos), al común rasgo de catalanismo rotundo añaden —añadimos— una nota peculiar: representamos a la vez en una grandísima proporción el voto de los grupos de inmigración asentados en las zonas industriales que circundan Barcelona, Tarragona y demás centros fabriles catalanes. Para una interpretación socio-política correcta del hecho excepcional de la *Entesa* como minoría parlamentaria, este dato es también fundamental.

Pero como el presente texto no tiene mayor alcance que el de expresar una interpretación subjetiva determinada, la de su autor, miembro de la minoría parlamentaria, sin especiales facultades de representación, ni portavoz titulado; al llegar aquí, prefiero descender al terreno de la anécdota, sin abdicar, por otra parte, en mis pretensiones informativas, aunque disculpándome, al sumirme aún más en tal subje-

## TRIBUNA LIBRE

# Catalanes en Madrid

J. A. BAIXERAS

*Senador de Entesa dels Catalans por Tarragona*

tividad ante mis compañeros de la *Entesa*.

A finales del verano de 1936, el autor de estas líneas había cumplido nueve años. Habitaba por entonces en un piso pequeño-burgués del barrio portuario de Tarragona. Los balcones del piso se abrían a la calle principal que da acceso, desde los muelles, al centro de la pequeña ciudad. Me gustaba por entonces pasar largos ratos en el balcón, jugando o mirando a la calle. No puedo decir, asomado: apenas mi barbilla alcanzaba la baranda de hierro, herrumbrosa y siempre fría.

Desde aquella modesta miranda fui espectador de escenas que más tarde aprendí a considerar dramáticas: conducciones de detenidos hacia los viejos barcos convertidos en cárceles flotantes, entierros de víctimas de las luchas político-sociales (la «Casa del Pueblo» se hallaba en la misma acera, cien metros más arriba), manifestaciones de júbilo popular al llegar las noticias de que se había yugulado la sublevación de los militares de Barcelona (la guarnición tarraconense no se sublevó). A pesar de mi poca edad, muchas de estas escenas se me grabaron fuertemente en el entendimiento.

Un buen día, bajo mi observatorio, vi aparecer unos seres de apariencia exótica, incluso para el espectador habitual de un barrio cosmopolita. Hombres maduros, mujeres, niños, ataviados todos de la manera más pintoresca. Calzones, medias, pañuelos, refajos, como en un cuadro de costumbres del siglo XVIII. Los personajes no circulaban: se agrupaban sin rumbo claro, y nos contemplaban, a los tarraconenses, con escasa ilusión, aunque con alguna curiosidad de la misma naturaleza que la nuestra ha-

cia ellos. Más exactamente: su mirada erraba con una triste expresión de extrañeza, en el sentido más literalmente afligido de esta palabra.

Se trataba, me explicaron poco después los mayores, de una expedición de labradores extremeños, huidos de las columnas de los sublevados que, procedentes del sur, se dirigían a Madrid. Los fugitivos, embarcados después de dramáticos avatares en puertos remotos, habían desembarcado ahora en mi tierra como refugiados de guerra.

—Ahora sé que en la mirada alucinada de muchos de aquellos seres persistía aún el reflejo de imágenes sangrientas. Quizá hermanos, amigos, habían quedado para siempre en la plaza de toros de Badajoz o en quién sabe cuáles otras tristes encrucijadas.

Pues bien: los refugiados de aspecto forastero, bárbaro, también en el sentido etimológico del adjetivo, se quedaron por el momento en Tarragona, y más adelante, compartimos con ellos los refugios antiaéreos improvisados, cuando los aviones bombardearon y destruyeron nuestras casas (entre ellas, el piso pequeño-burgués de mis balcones). Los jóvenes que iban con el grupo, codo a codo con los mozos catalanes, marcharon al frente; los que no cayeron en la carnicería del Ebro, más tarde, cuando la gran derrota, otra vez codo a codo, formaron con los catalanes las interminables columnas de la retirada, bajo la metralla de aquellos mismos aviones; juntos, unos y otros, pasaron primero el tiempo de cárcel o de campo de concentración, más adelante, los años del hambre, hasta que, muy despacio, muy despacio, las cosas mejoraron y llegaron tiempos menos duros.

Ahora, los nietos, escuchan en los entoldados a Llach y a Raimon, y en los mítines, por las plazas y campos de fútbol de Cataluña, gritan a voz en cuello: *Llibertat, amnistia, Estatut d'Autonomia!*, y cantan *El Segadors*. El

himno, lo cantan con un animoso aire peculiar, que muchos de nosotros no alcanzamos a darle: se han enterado de que estos *segadors*, segadores, no eran más que campesinos, como sus abuelos, que iban a jornal, a la siega, víctimas muy antiguas de lo que ahora pomposamente decimos: el paro estacionario. Como muchos de ellos, aún hoy, van al sur de Francia, a la vendimia.

Mi compañero de escaño, Candel, ha dedicado toda una gran vocación a los inmigrantes andaluces. A mí me gusta recordar además la llegada de aquellas pobres gentes de Extremadura, hoy carne ya de nuestra carne catalana. Para sus nietos, ya, las víctimas recién llegadas del paro andaluz son «unos nuevos catalanes», aspirantes solamente a la plenitud de una nueva vida, democrática, sin explotadores, libre.

Unos y otros, en realidad, han venido a compartir una gran herencia, de glorias catalanas, y de errores, no menos catalanes... El pasado tornasolado de mi nación.

Los senadores de la *Entesa* traemos su voto. Y nos sentimos, a nuestra vez, en este Madrid tan diferente, capital y corte, en donde solicitar la amnistía es hacer el payaso, nos sentimos de algún modo «los nuevos castellanos», pues esperamos, quizá con excesiva ingenuidad, después de tantos años de estúpida persecución de nuestra cultura, de nuestro ser, hallar unas nuevas generaciones que no nos sean hostiles, que quieran buscar con nosotros una mañana democrática y libre.

Libres, quizá estos «nuevos castellanos» dirían entonces, *sólo entonces*: Nuestra herencia es vuestra herencia.

Sin desalentarnos ni perder la paciencia, otra vez. Como en 1888, 1898, 1907, 1911, 1917, 1932, en 1977 llegamos a Madrid a dialogar en paz, a intentar el pacto, esto que nosotros llamamos la *entesa*...

(1) El cuarto senador elegido por Tarragona (cuarto por orden de votos) pertenece a la Unión del Centro. En cuanto digo, jamás cuestiono ni la validez y plenitud de su representación, ni mucho menos, su patriotismo: simplemente, carezco de títulos para sujetarle a consideraciones que podría él después legítimamente matizar, no ya impugnar. Ruego al amigo y doblemente colega que interprete según lo expuesto el presente artículo.